



Introducción

Atilio Borón*

El presente *dossier* reúne una serie de trabajos que confiamos serán de utilidad para quienes, en tiempos de crisis como los actuales, estén preocupados por el presente y el futuro de los países de Nuestra América y dispuestos a asumir un rol protagónico para preservar las conquistas sociales, económicas, culturales y políticas duramente conseguidas en los últimos quince años, en el período histórico abierto con la llegada de Hugo Chávez Frías a la presidencia de Venezuela. Es sabido que Estados Unidos sufrió en noviembre de 2005 en Mar del Plata, una derrota sin precedentes al naufragar su más importante proyecto estratégico para el hemisferio y para el siglo XXI: el ALCA. Lejos de sumirse en la pasividad, Washington renovó sus iniciativas y movilizó sus enormes recursos para minimizar el daño y retomar el impulso original: firma de tratados bilaterales de libre comercio, reactivación de la Cuarta Flota y, más recientemente, estímulo a la Alianza del Pacífico como un nuevo ALCA con otro nombre. ¿Por qué tanto activismo del imperio?

Porque, tal como lo hemos repetido en tantas ocasiones, esta es la región más importante del planeta para Estados Unidos. Sus diplomáticos y gobernantes se empeñan en decir lo contrario, en colocarnos en un quinto o sexto lugar en la escala de prioridades regionales (después de Oriente Medio, Europa, Extremo Oriente, Asia Central y África Occidental), pero los tercos datos de la historia y la realidad actual los refutan sin piedad. Tal como la definiera Alf Rodríguez durante su gestión como secretario General de la Unasur, América Latina y el Caribe es un fabuloso emporio de recursos naturales. Y Estados Unidos es el mayor y más diversificado demandante de recursos naturales. Sólo una dirigencia norteamericana insanablemente inepta —y no lo es, aunque ciertas figuras presidenciales como Ronald Reagan o George W. Bush movieran a pensar lo contrario— podría subestimar la importancia de una región tan generosamente dotada como la nuestra. Lo que ocurre es que al promover esa visión autodescalificatoria y desvalorizadora de lo nuestro, propia de toda mentalidad colonial, los negociadores del imperio hacen prevalecer sus intereses

* Licenciado en Sociología (Universidad Católica Argentina), Magister en Ciencia Política (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Santiago, Chile), Ph. D. en Ciencia Política (Universidad de Harvard, Cambridge, Massachusetts). Investigador CONICET, Director del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED), Profesor Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires).

con un mínimo de esfuerzo. Convencida la dirigencia de un país latinoamericano que su economía es irrelevante en la arena mundial, su pueblo inculto y atrasado, sus costumbres bárbaras y primitivas, su cultura anacrónica, su estado ineficiente y corrupto y sus fuerzas armadas y policiales impotentes, la labor de los negociadores del imperio se facilita en grado sumo y los gobernantes locales asumen como una bendición las “relaciones carnales” con Washington. La llegada de “expertos” para orientar la política económica; de asesores castrenses y policiales para “instruir” a los miembros de los aparatos represivos; de la DEA y el FBI para combatir al narcotráfico y al crimen organizado (“organizado” por quién y para quién, habría que preguntarse, y explorar su relación con los paraísos fiscales que Estados Unidos y sus compinches europeos tienen dispersos por todo el mundo); los cursos de “formación” para jueces, fiscales, policías y oficiales superiores de las fuerzas armadas y la misma instalación de bases militares en el territorio nacional son percibidas, por una dirigencia colonizada y una población sometida al embrutecimiento que propician los grandes medios hegemónicos como otras tantas señales de que el país transita por el rumbo correcto. La Argentina de los años noventa es una prueba elocuente y dolorosa de lo que venimos diciendo, y la actual parece empeñada en retomar la misma senda que nos condujo al abismo en 2001, aunque seguramente tropezará con grandes obstáculos a lo largo del trayecto si es que se empecina en avanzar por ese camino. De ahí la enorme importancia de la “batalla de ideas” para combatir al neocolonialismo y la colonialidad cultural, cuyo mensaje esencial es que debemos resignarnos a ser el complaciente peón del imperio. Por eso es preciso librar batalla contra una colonialidad que nos aplasta y nos impide revalorizar lo que esta región ha sido y será: la vanguardia de las luchas por la construcción de un orden internacional más justo, un título que no nos hemos arrogado nosotros sino que nos lo otorgan los movimientos sociales y las fuerzas políticas contestatarias de otras regiones del mundo, de África, Asia, Europa e inclusive de Estados Unidos. Por la exuberancia de sus recursos naturales América Latina excita el apetito insaciable del imperio. Es una región que, con apenas el 7 por ciento de la población mundial, dispone de casi la mitad del agua dulce del planeta Tierra, siendo que la falta de agua o el “estrés hídrico” está afectando a buena parte del Sudoeste de Estados Unidos, donde se localizan tres de sus diez principales ciudades: Los Ángeles y San Diego, en California, y Phoenix, en Arizona. No sólo agua: América Latina tiene mucho petróleo y, además, es, como lo proclamara el presidente Raúl Castro en la Cumbre de la CELAC en La Habana en enero de 2014, una “zona de paz”. Hay mucho petróleo también en Medio Oriente, pero queda mucho más lejos, su traslado mucho más problemático y, además, si hay un área inestable y surcada por permanentes conflictos violentos en el mundo esa zona es precisamente el Medio Oriente. Venezuela tiene la mayor reserva probada de petróleo del mundo, superior a la de Saudiarabia y sus embarques petroleros llegan a Houston en tres o cuatro días de tranquila navegación por el *mare nostrum* del imperio, el Caribe. Y hay mucho petróleo también en Colombia, en Brasil, en Ecuador, en Argentina y en otros países del área. Encima de eso contamos con una fabulosa combinación de selvas, ríos y bosques que hacen de Nuestra América la región con la mayor biodiversidad del planeta, y esta fenomenal riqueza de animales y plantas es la base de la nanobiotecnología y algunas de las industrias más dinámicas y cruciales del mundo actual. Súmese a lo anterior la

gran riqueza de minerales, algunos de ellos estratégicos para la industria de la defensa y aeroespacial estadounidense; la concentración del litio —denominado por algunos como “el petróleo del siglo XXI”— en el triángulo formado por Bolivia, Argentina y Chile; la enorme capacidad alimentaria de la región para concluir que un inmenso espacio geográfico como este, dotado de tan formidables recursos, jamás podría haber sido subestimado en su importancia por Washington.

Y en realidad nunca lo fue. Desde los inicios de su vida independiente la Casa Blanca tuvo su vista posada en las dilatadas regiones al sur del Río Bravo. John Adams, quien en 1797 se convertiría en el segundo presidente de Estados Unidos, ya en 1783 escribía sobre la necesidad de incorporar Cuba al territorio norteamericano. Thomas Jefferson, quien también sería presidente, pensaba igual y, en general, gran parte de los “padres fundadores” de Estados Unidos compartían la creencia que tanto Cuba como Puerto Rico eran “extensiones naturales” del territorio continental y que una declinante España debería ser expulsada del Caribe cuanto antes para incorporar esas dos estratégicas islas al territorio de las trece colonias originarias. Hay que recordar que a comienzos del siglo XIX América Latina era mucho más grande de lo que es en la actualidad: por el Norte llegaba hasta lo que hoy es el Estado de Georgia, en Estados Unidos, y retenía el control de la península de la Florida, mientras que el territorio de Louisiana era propiedad de la corona francesa, y México tenía bajo su jurisdicción nada menos que California, Texas, Colorado y Nevada. Para Estados Unidos, una salida al Caribe y otra al Pacífico eran cuestión de vida o muerte, y gran parte de la historia del siglo XIX estuvo marcada por esas empresas, que la burguesía yanqui libró exitosamente sin para ello ahorrar una gota de sangre o detenerse ante principio legal o moral alguno.

Fue a causa de esa excepcional relevancia de América Latina y el Caribe que en 1823 Estados Unidos da a conocer su primera postura oficial en materia de política exterior: la Doctrina Monroe. Poco después militarían con fuerza para boicotear al Congreso Anfictionico de 1826, convocado por Simón Bolívar en Panamá. A esto seguirían innumerables declaraciones e iniciativas concretas que ilustran la centralidad de nuestra región para los intereses imperiales y la continuidad de una política: impedir, a cualquier precio, que los díscolos pueblos del sur se unan o integren en una sola unidad política. El Corolario a la Doctrina Monroe de Theodore Roosevelt, de 1904, planteó la necesidad y legitimidad del intervencionismo norteamericano en aquellos países donde “no exista un gobierno decente” o donde las libertades sean conculcadas por gobiernos corruptos, léase, que interfieran con los intereses norteamericanos. Y luego, en los años de la Guerra Fría, el primer tratado que la Casa Blanca promovió para salvar al mundo de “las garras del comunismo soviético” no es el que creó la OTAN en Europa sino el TIAR, para el sistema interamericano, creado dos años antes. Esto responde a un viejo apotegma de la cultura norteamericana que dice “first things first”, o sea, “primero las cosas primeras”, y la cosa primera era América Latina (1947) y no Europa (1949).

El *dossier* que estamos presentando a nuestros lectores aborda la problemática contemporánea de esta relación tan especial entre nuestros países y el centro imperial. El eje de las diversas contribuciones es la problemática geopolítica y la defensa. Por eso se abre con el trabajo de Aránzazu Tirado Sánchez sobre la Alianza del Pacífico y su significado en el marco de la contraofensiva lanzada por Estados Unidos para reunificar toda la región bajo

su incontestada hegemonía. Tirado Sánchez compara esa iniciativa, asumida hoy como una virtuosa e inexorable innovación por todos los gobiernos de derecha de la región, con la CELAC, cuyo signo político es diametralmente opuesto y propone algunas cuidadosas conjeturas sobre el curso que podrían seguir estos dos esquemas de integración en los años futuros. Por su parte Silvina María Romano examina la cuestión de la "Alianza para la Prosperidad" firmada en 2014 entre los países del Triángulo Norte de Centroamérica y los Estados Unidos, la cual pone en cuestión el delicado vínculo entre desarrollo y seguridad al dar rienda suelta a los influjos de un mercado completamente liberalizado. En línea con lo anterior Alejandro Frenkel examina los trabajosos acuerdos y las previsibles divergencias en el seno de la Unasur en relación con la Junta Interamericana de Defensa. La Unasur ha sufrido, a causa de su creciente heterogeneidad política y la desaparición física de dos de sus principales impulsores, Hugo Chávez Frías y Néstor Kirchner; una significativa pérdida de gravitación y una cierta parálisis decisional en momentos en que su protagonismo sería más importante que nunca. Juan Manuel Karg, a su vez, abunda sobre estos temas al examinar el papel que Chávez Frías y Kirchner junto a Luis Inacio "Lula" da Silva jugaron en el rechazo al ALCA y el diseño de una nueva institucionalidad integracionista ajena a las habituales manipulaciones de la Casa Blanca. Complementa esta reflexión el aporte de Paula Klachko, al examinar los debates en relación con las estrategias de defensa en el marco de la integración *nuestroamericana* y, otra vez, las divergencias y conflictos derivados de la heterogeneidad de un continente y de una institución en donde gobiernos de una derecha radical conviven con otros de izquierda. Javier Pérez Ibáñez se aparta de la preocupación más vinculada a la defensa para abordar un tema de gran actualidad no sólo para la Argentina sino para todos los países del área: la relación con China, sus oportunidades pero también sus peligros, y su impacto sobre la relación entre este país y Estados Unidos. Complementan este *dossier* dos ensayos de distinto contenido sustantivo y un texto en memoria de un entrañable y joven compañero de trabajo y de luchas, Agustín Lewit, fallecido prematuramente y frustrando la esperanza que muchos de nosotros habíamos depositado en su talento, su voluntad de trabajo y su capacidad organizativa. El primero fue escrito por Horacio López, y aporta una necesaria perspectiva histórica para comprender las vicisitudes y dificultades que tradicionalmente obstaculizaron el camino hacia la Patria Grande. Fernando Buen Abad Domínguez se sitúa en el otro extremo del recorrido, estudiando la crucial problemática de la comunicación política en la América Latina actual. Finalmente, el trabajo de Agustín Lewit, a quien le dedicamos este *dossier*, examina en profundidad los aportes y las perspectivas de la Alianza Bolivariana de las Américas. Confiamos en que este *dossier* se convierta en un instrumento eficaz para nutrir una necesaria discusión sobre el futuro de América Latina y el Caribe y las alternativas que se nos abren al promediar la segunda década de un siglo que, habiendo comenzado muy bien, tropieza hoy con los obstáculos que erige una tremenda contraofensiva del imperio y sus aliados locales decididos a volver hacia atrás el reloj de la historia. Conviene, en momentos como este, recordar el consejo de José Martí: "de pensamiento es la guerra mayor que se nos hace, ganémosla a fuerza de pensamiento". Este, y no otro, es el sentido de esta publicación.